

TEATRO:

La Artes entraron en la vida universitaria chilena en la década del treinta. Sus Facultades y Escuelas llegaron a cumplir las finalidades habituales a tales organismos: la formación de profesionales, el apoyo indispensable a algunas otras profesiones, como es el caso de las Pedagogías, las actividades de extensión. Estas últimas fueron, por supuesto, especialmente importantes, y gracias a ellas el Arte adquirió una presencia nueva en la sociedad chilena. Sin embargo, cualquiera de estas funciones podría haber sido cumplida por alguna otra institución. La Universidad venía aquí a reemplazar a las Academias y Conservatorios, y a cumplir así una tarea de suplencia. El desarrollo de orquestas, teatros y conjuntos de danza, no significaba una novedad en la concepción de la universidad, sino más bien, la asunción por esta de funciones sociales que nadie podía o quería desempeñar. La Universidad misma, su propia actividad no fué cambiada por la introducción de esta nueva dimensión. Mientras que las ciencias en el mismo período, penetraban poco a poco a toda la trama de la vida universitaria, las artes quedaban siempre como un conjunto agregado, superpuesto, por mucho que fuera a veces, altamente valorado.

Y esto se entiende fácilmente, porque la relación del Arte con la Universidad es de reciente data, y ella no es obvia y sencilla. Las Universidades nacieron sin las artes. Más bien el nacimiento de las primeras instituciones universitarias como la de París, vino acompañado por la decadencia de la enseñanza humanística, bajo el deslumbramiento del método dialéctico. Las "reformas" universitarias, tales como Leyden bajo el influjo de la ilustración, Berlín bajo el del idealismo, la universidad contemporánea bajo el de la ciencia positiva, llevan siempre la impronta de alguna forma determinada de concebir la ciencia. Esta relación con la ciencia, así como la articulación con las formas vigentes del poder político o social, marcan las creaciones universitarias, desde París y Bolonia, hasta la universidad napoleónica, la alemana y la norteamericana moderna. Hasta en la universidad alemana de los albores del siglo XIX, penetrada por una concepción idealista, y por ende totalizadora, de la ciencia, donde podría decirse que llegó a anidar una visión "estética" de la realidad, esta visión permanecía claramente subordinada a la contemplación intelectual. Sirva de apoyo a esta afirmación, la frase de Schelling, en una de sus conferencias sobre el Estudio Académico: "...A partir de aquí resulta claro....que no hay nada que pueda saberse en forma absoluta sobre el arte, como no sea en la filosofía y por medio de ella...(1)"Hieraus erhellt.... dass ausser der Philosophie und anders als durch der Philosophie von der Kunst nichts auf Absolute Art gewusst werden konne...

En la vida universitaria chilena de la primera mitad del siglo XIX, fué decisiva la influencia del positivismo, heredero de la Ilustración, y no se puede negar que ella penetró incluso en establecimientos católicos que podrían haberla sentido como profundamente extraña. En esa perspectiva, la universidad, sitio de la ciencia, es el hogar de un saber metódicamente alcanzado y obligatoriamente válido, y en torno al cual se articulan los oficios que se enseñan en ella, donde se privilegia un rigor del conocimiento, que pasa necesariamente por una toma de distancia respecto del objeto y por el pleno ejercicio del principio de la objetividad, que separa nítidamente al observador de lo observado.... En tal universidad ¿qué función tienen las artes como no sea para procurar el "necesario halago de los sentidos, el descanso, la relajación del espíritu cansado por ocupaciones más serias"? (2)

Allí resulta natural estudiar la filosofía del arte, la psicología del arte, su historia, su sociología. Pero por necesario que sea todo eso, pasa al margen, como dejando a un lado el arte mismo. Tal vez hay que acoger el arte por las razones antedichas, tal vez para darles un sitio a los artistas. Pero esa incrustación del arte, no es una inserción orgánica. La universidad refleja entonces el modo de ver las artes que prevalece en la edad industrial, cuando la contraposición entre la creación y la producción, generó a los artistas marginados, a los poetas malditos, o al arte útil-decorativo, adorno de la vida, simbolizado en el florecimiento de los museos en cuyas paredes se exhiben las obras de arte "como fieras en un zoo" (3)

Pero no es posible relegar al arte a una situación de tal modo subalterna. Hubo un tiempo remoto en el que las artes eran como el lazo sensible entre la vida de la ciudad o del pueblo y el reino escondido y misterioso de lo sagrado. Arte, política y religión no se podían dissociar. Los ritos y monumentos funerarios, las epopeyas, las imágenes de los dioses, los himnos religiosos, lúdicos o guerreros, estaban siempre aludiendo al fundamento de la vida colectiva. Y más tarde, aun por siglos después de que la crítica racional hubo erosionado y vaciado de su contenido aquella experiencia primitiva, las artes siguieron ligadas a la expresión del amor o de la muerte, situaciones límite, en las que el hombre, aunque rotos ya sin remedio los lazos originales de su existencia social, no puede evitar preguntarse por su propio sentido.

En este fin de siglo, el trágico fracaso del intento de re-crear la vida social sobre bases puramente racionales, parece requerir la presencia de esos símbolos concretos del sentido de la presencia del hombre sobre la tierra. En la medida en

que una universidad es una institución educadora, ella debe hacerse cargo del hecho de que hay una dimensión que no es accesible a través del razonamiento, ni a través de la transformación productiva de la realidad, y que no son sólo algunos de sus miembros sino todos ellos en su conjunto los que deben penetrar en esa dimensión.

El problema central que surge para el hombre de nuestro siglo, es el problema de la cultura. No se trata sólo de las proyecciones de la ciencia o de la técnica, ni del dominio o comprensión de la naturaleza. Se trata, antes que eso, del por qué, del sentido de todo ese afán y de la propia existencia. Ningún esfuerzo educador podrá soslayar esa pregunta, precisamente porque estamos en una época de quiebre o crisis cultural. Hay épocas en la historia de las culturas en las que la frontera de la disolución parece distante, y el esfuerzo que se hace en el cultivo, parece no requerir con urgencia de definición, de representación ni de justificación. La época nuestra no es ciertamente una de esas. Nos pasa lo que tal vez le ocurrió a un romano en los días de la ruina del imperio, el que había garantizado no sólo una paz material, sino una cierta estabilidad espiritual, y que se veía arrojado a ese tremendo desconcierto que retrata San Agustín en la Ciudad de Dios. O bien lo que a un cristiano que en los tiempos de la Reforma vió hundirse una concepción teológica y política que parecía inatacable e imprescindible. Tal como los hombres de esas épocas, nos preguntamos, no sólo por lo que hacemos, sino por el sentido que tiene nuestro hacer. Y la respuesta a la pregunta por el sentido, es inmensamente más rica y multiforme que la respuesta científica de estilo convencional. Ella comprende no sólo la formulación intelectual, sino también una respuesta moral, y también del esplendor de los signos concretos con los que las artes apuntan al misterio. El bien, la verdad y la belleza, son los atributos trascendentales del ser. Y si es cierto que muchas elucubraciones estéticas han abusado de la noción misma de belleza, y pueden haber debilitado su significación concreta, ha sido un poeta de nuestro propio siglo el que la vió bajo un ángulo distinto:

....Denn das Schöne ist nichts
als des Schrecklichen Anfang, den wir noch gerade ertragen
und wir bewundern es so, weil es gelassen verschmaht
uns zu zerstören. Ein jeder Engel ist schrecklich....
(Rainer Maria Rilke. Duineser Elegien. Erste Elegie)

Tal vez esa realidad terrible que entreveía el poeta, es el "mysterium tremendum" que atrae y fascina, el misterio de Dios, que escogió desde el fondo de su eternidad y en el ejercicio de una inefable libertad "no ser sin creación". (4)

Y el desafío dejado a una Universidad Católica, es escuetamente este: que no hay educación sin ciencia, no hay educación sin arte, no hay educación sin moral, justamente porque no hay educación sin Dios.